



GOLA BOOKS

Ciencia ficción

7-0

y otros relatos
fantásticos



AVIA



GOLA BOOKS

presenta

7-0

y otros relatos
fantásticos

«¿Alguien sabe cómo demonios se pronuncia Dmitrovic?», preguntaba a gritos el locutor de radio, después de que el portero del Eibar marcara su segundo gol en aquel histórico encuentro.

«¿Se dice 'Dimi' o la 'D' es muda?»

Porque aquel sábado 10 de marzo pasó a la historia, sí, por el siete a cero que el equipo de Ipurua le endosó a su rival, desde luego: un rival que contaba con algunos de los mejores jugadores de todos los tiempos en sus filas. Pero aquel día no solo pasó a la historia por eso: también porque fue el primero de una serie de partidos extraordinarios contra aquel mismo equipo que siempre terminaron con resultados tan abultados como admirables.

El de 2018 fue el clásico enfrentamiento donde un equipo fue superior al contrario desde el primer minuto: saque de centro, la defensa rival que todavía está mirándose las botas, un central haciendo estiramientos como si estuviera calentando o preparándose para un baile de fin de curso, Alejo que la retrasa hacia

Capa, Capa para Arbilla, Arbilla que ve al portero rival adelantado, zapatazo de película, al estilo de aquel defensa holandés que se parecía a Tintín, y gol por toda la escuadra. El portero en el suelo, fingiendo que ha intentado la estirada heroica, lamentándose. Habían pasado cuarenta y cinco segundos de partido y la hinchada foránea ya estaba en silencio, silbando tímidamente a su equipo, como despertándose de un mal sueño. Mendilibar, en la banda, se tomó aquel gol como la cosa más normal del mundo: manos en los bolsillos, gesto de satisfacción, pero serio, un ligero asentimiento de barbilla y un guiño a Iñaki Bea, su segundo, como diciendo: «Estaba estudiado».

A partir de entonces, fiesta en las gradas y en el campo. Los azulgranas tocaban el balón a su antojo, de izquierda a derecha, con pases al primer toque y paredes que avanzaban veinte o treinta metros. Taconazos, rabonas, jugadas interminables. La tranquilidad de ese primer gol se sumó a un sentimiento nuevo, trascendental, que contagió a todo el equipo: no solo estaban seguros de que iban a ganar, sino que, de alguna forma, empezaron a sentirse espiritualmente conectados, por un hilo invisible, a los grandes onces de otros tiempos. La naranja mecánica de Cruyff, el Brasil de Pelé, el Milán de Sacchi. ¿Reencarnación? ¿Magia? Todo era posible, en efecto, pero los datos están ahí: minuto doce, gol de chilena de Kike García; minuto treinta, gol de cabeza de Jordán. Con el tres

a cero Mendilibar empezó a sonreír y sintió un pequeño mareo de emoción, según dijo después en vestuarios, aunque quizá no fuera tan pequeño, ya que mandó calentar a Jovanovic, a Cote y a Toni, el preparador físico, que lo miró asombrado pero no dijo nada: se quitó el chándal con discreción, se calzó unas botas y se puso a correr por la banda, feliz como un niño que iba a debutar con el primer equipo.

Fue justo antes de terminar la primera parte cuando el portero del Eibar hizo el primer gol de su carrera. Ramis había metido la pierna con inteligencia ante la llegada de un delantero rival y el linier había pitado córner. Todas las torres del equipo contrario subieron a rematar, tratando a la desesperada de reducir diferencias con los de Ipurua y con la esperanza de empezar la segunda parte

solo dos tantos por debajo. El Eibar defendió con todo, pues, como es bien sabido, encajar un gol antes del descanso hunde un poco los ánimos. Saque de esquina. El balón que vuela. Alguien remata sin ganas. Dmitrovic corre hacia delante y despeja de puño. El esférico rebota no se sabe muy bien contra quién. Empujones, caídas. Y entonces sucede.

Dmitrovic se ve fuera del área, con la pelota a un metro, en plena carrera.

El último defensa rival está en el suelo: se ha tropezado con un compañero.

Alguien grita: «¡Corre!»

Dmitrovic mira hacia los lados, no ve a nadie.

A lo lejos, el portero rival.

Y Dmitrovic, contra la naturaleza propia de su puesto, echa a correr como alma que lleva el diablo. Mendilibar se echa las manos a la cabeza. Zapico, el utillero, se las lleva al corazón: no quiere más sustos. El público empieza a gritar entre extasiado y en trance, como si estuviera viendo una obra de teatro. Charles y Kike corren detrás de su portero, pero va tan lanzado que no pueden alcanzarlo. Dmitrovic sigue corriendo, más con la intención de alejar el esférico de su portería que de empezar un contragolpe, pero tiene un campo vacío y hermoso frente a él, y una hinchada eufórica que lo anima, y un único rival, con guantes, asustado, moviéndose hacia atrás a trompicones, incapaz de entender lo que está sucediendo. Y Dmitrovic cruza el círculo central a solas, a toda velocidad, con

larguísimas zancadas, con la pelota pegada a sus botas, como un imán al hierro. Y llega al borde del área. Y el portero rival no sabe si esperar debajo de los palos o salir a buscarlo y hacerle penalti. «¿Sabrá chutar a puerta?», se pregunta. Dmitrovic ha sacado diez metros de ventaja a sus compañeros, que se miran entre sí con una sonrisa. Entra en el área pequeña.

Quiebro a la izquierda. El portero rival hinca la rodilla.

Quiebro a la derecha. El portero rival se come el césped.

Remate ajustado al palo con el interior de la bota derecha.

Gol.

El estadio entero se queda en silencio durante uno, dos segundos.

Después, explota en vítores y cánticos. El árbitro pita el final de la primera parte. El banquillo del Eibar corre hacia su portero como si hubiera ganado la final del Mundialito de clubes. Dmitrovic, que no tiene preparada, por falta de costumbre, ninguna de esas celebraciones tan típicas de los delanteros, se pone a bailar consigo mismo una especie de jota centroeuropea, rodeado de cámaras y flashes, que immortalizan el momento para los periódicos del futuro. Ese día, Marko Dmitrovic, además, luce un inmenso bigote que no le favorece, fruto de una apuesta que perdió con Riesgo y Yoel, sus compañeros en la portería. La imagen de ese enorme serbio abigotado bailando en el punto de penalti,

con medio equipo local corriendo hacia él con los brazos en alto, se convertirá en la más icónica del fútbol moderno, será portada de periódicos en Asia, América y Europa y también la cubierta de la edición 2019 del videojuego de fútbol más famoso del mercado. Avia, el patrocinador oficial del Eibar, recibirá llamadas de países con tanta influencia internacional que acabará formando parte del proyecto de Elon Musk para viajar a Marte (actualmente se ofrecen plazas a 299,99 euros, con descuentos especiales para jubilados, familias numerosas y personas nacidas en Eibar).

Mientras el equipo sepulta a su compañero entre abrazos y risas y el árbitro trata, inútilmente, de enviarlos a vestuarios, Anuzita, el entrenador de porteros, mira a Mendilibar con

una sonrisa de superioridad y abre las manos en un gesto inequívoco, como diciendo: «Estaba estudiado».

El equipo rival salta al campo en la segunda parte con tres cambios: menos defensa, más centro del campo y un delantero fresco. El Eibar sale concentrado, dispuesto a no ceder un ápice. En el ánimo de todos se despierta ese pequeño miedo que los jugadores sienten cuando se miden a un enemigo de enorme fuerza: el peligro es relajarse.

De manera que, cuando el árbitro pita el comienzo, meten el quinto.

Pim, pam, pum, Eibar txapeldun.

En realidad, nadie sabe muy bien cómo fue ese quinto gol. La mitad del banquillo aún estaba cubriéndose con mantas, peleando

por ver quién se quedaba con la parte más mullida. El cuarto árbitro le preguntó al primero, por el pinganillo, a quién debían apuntarle el tanto, y el primero miró al linier, y el linier miró a los jugadores del Eibar y dedujo, por la celebración, que el gol lo había marcado Dani García, aunque nadie estaba completamente seguro, ni siquiera el jugador.

La segunda parte, por lo tanto, discurrió con calma: el Eibar jugando a medio gas, con todo a favor.

Y llegó el sexto un poco por casualidad. Fue un autogol absurdo, un pase de un defensa rival que, agobiado por la presión de Charles, se la pasó al portero sin medir la distancia y la metió, por mala suerte, de globo. A su entrenador, o eso parecía, se le

saltaban las lágrimas, pero a esas horas los goles ya no tenían importancia, qué más daban cinco o seis: la hinchada del Eibar estaba con medio cuerpo fuera del estadio, en los bares, alegres, contando anécdotas exageradas con todo lo que habían visto, chilenas imposibles, cabezazos desde cincuenta metros, un sinfín de escenas que tal vez ocurrieran o tal vez no, pero cuya veracidad nunca se pondría en entredicho.

Al final del partido llegó el segundo gol de Dmitrovic, en un córner a favor. Los rivales apenas defendían, y las gradas empezaron a cantarle al serbio que subiera, ¡que subiera!, ¡que subiera!, y el serbio miró al banquillo, como preguntando si podía hacerlo, y no obtuvo respuesta. Y puesto que quien calla otorga, y puesto que el hombre tampoco dominaba ni castellano ni euskera, le pare-

ció entender que sí, chaval, que sí, cómo que no, súbete a rematar que estamos pocos. Así que Dmitrovic salió del área, atravesó el campo cuando un compañero la puso al segundo palo y llegó al rebote, como un toro, casi lanzándose a volar, para meterla de cabeza por el mismo centro de la portería, con furia, empujado más por el instinto y por la hinchada que por su dominio de la técnica, dejando a los rivales asombrados, mudos, tiesos. Y así acabó el partido.

El árbitro pitó el final y el campo fue invadido.

«¿Dónde va el acento? ¿Dimitró? ¿Dimitro?», seguía gritando el locutor de radio, histérico.

Las crónicas de entonces recogen con detalle el resultado, los goles y las incidencias de aquel partido único. Fueron cientos de páginas, cientos de horas de televisión y muchos programas de radio que todos conocemos, así que no merece la pena regresar a ellas ni hacer sangre: hay que ser noble en la derrota, pero sobre todo en la victoria.

Un año después tuvo lugar la necesaria revancha, también conocida como «La victoria del Eibar por doce a cero».

Los rivales esperaban resarcirse, lo que era normal y todos se temían. El entrenador era distinto, rubio, alemán y melencólico, pero la mayoría de los jugadores eran aún aquellos dioses del balón, aquel once de gala de la FIFA que había sucumbido un año antes a la furia

mítica de los guerreros de Ipurua. El espíritu en el pueblo, a la vista de la inquina con que los rivales y la prensa nacional definían el partido («¡Venganza! ¡Vendetta! ¡Ajuste de cuentas!»), era un poco sombrío: «El siete a cero fue una cuestión de suerte», comentaban los pesimistas; «Firmo el empate», juraban los optimistas; «Vamos a meterles más que antes», soñaban los poetas.

Y como pasa cuando se tiene fe, cuando el equipo es grande de corazón, cuando en las calles se siente la energía eléctrica de los conquistadores, acertaron los poetas.

Además de por el resultado, aquel partido ha pasado a la historia por el síncope que le dio a Txema, el médico del Eibar, cuando estuvieron a punto de meter el decimotercer gol, pues es bien conocida su tendencia a la supers-

tición. Por suerte para él, la pelota lamió el poste y, en lugar de hacia dentro, rebotó hacia fuera, saliendo por la línea de fondo. Una lástima, pero una docena tampoco era mal desenlace.

Pasaron los años y las victorias siguieron cayendo, como un vicio o un tic, del mismo lado: ocho a cero, diez a dos, cinco a uno, nueve a tres...

Como es sabido, a partir de 2082 la ley permite que un máximo de cinco jugadores de campo no sean humanos. Esto incluye ciborgs, robots, marcianos de primer nivel y de segundo, seres de luz y reptilianos. Los seres de luz, obviamente, solo están al alcance de los equipos con gran poder económico, y el Eibar, aunque gozaba y goza de buena salud en sus cuentas, no puede

permitirse estrellas como las de su rival, que venía de fichar, este último verano, a un auténtico monstruo goleador de Alfa Centauri, al que los medios, incapaces de pronunciar su verdadero nombre, habían bautizado «Joselito». Junto a él, una alineación legendaria: los robots gemelos, C4s y D4s; Chiquitrop, el marciano pirata; y Eminentia, la mítica reptiliana zurda, seis veces Balón de Oro del Multiverso, que venía de ganarlo todo con su anterior equipo.

Ipurua, que de acuerdo con la nueva normativa alcanza desde hace dos años los 450 metros de longitud y cuenta con gradas en suspensión a cincuenta metros de altura, estaba a reborar y Mendilibar seguía entrenando al equipo, aunque no físicamente, por supuesto, sino mediante una pantalla sintonizada con el superordenador donde

está almacenado el archivo de sus datos vitales, como en el caso de otros grandes entrenadores, intelectuales, artistas y líderes del planeta Tierra.

Cuando uno de los doce Tecnoárbitros VR (Realidad Virtual) dio comienzo al partido con el clásico silbato multifrecuencia, las nuevas estrellas del equipo rival se hicieron con el control del esférico y avanzaron sin pisar el césped hacia la portería defendida por Dmitrovic Jr., hija del histórico portero goleador. La defensa del Eibar, humana en su mayoría (como sucedía en el caso de otros equipos vascos de primera división, el Oñati FC, el Arrasate Club y el Bilbao Sureste, que se habían negado a integrar en sus filas a jugadores nacidos o contruidos fuera del Sistema Solar), no era capaz de controlar el velocísimo movimiento del

ser de luz y de su compañera reptiliana, la cual se escapó por la banda derecha, giró hacia el interior y golpeó el balón a piernas cambiadas. Fue un tiro potente, de más de cien metros, estabilizado gracias a sus dos piernas derechas y su cola. Imparable para Dmitrovic Jr., que hizo la estatua mientras veía cómo la pelota entraba por el palo largo, atravesaba la red de carbono y se incrustaba en uno de los escudos de protección situados detrás de la portería.

Por primera vez en sesenta y cinco años, los rivales se ponían por delante en el marcador.

El público de Ipurua enmudeció: acaso era el final de la racha de victorias de su equipo. Tal vez los fichajes intergalácticos

de su oponente, esa compra sideral de jóvenes promesas iba a lograr lo inesperado: que el Eibar dejara de ganar.

No obstante, como todo el mundo sabe, aquel gol de Diana fue un espejismo, el golpe que necesitaban los azulgranas para despertar y meterse en el partido, del que ya no saldrían hasta el minuto noventa. La Pantalla Mendiobar desplegó su libro de jugadas como un ajedrecista, estudió los movimientos de su rival, la física, la química, la temperatura y la dirección del viento; recuperó tácticas del siglo XX, improvisó cambios de posición, dirigió a los suyos como un comandante imaginativo y voraz, y fundió tres veces las baterías. Las instrucciones llegaron a los jugadores a través del interfono subcutáneo permitido por el reglamento, y estos respondieron dejándose la piel y las tuercas en cada jugada, sin dudar un

segundo de sus posibilidades. El público, al ver la reacción del equipo, olvidó el baño de agua fría que había supuesto el gol de los visitantes y volvió a jalearse a los suyos con cánticos, con aplausos, con pitos. Fue un momento inolvidable y crucial, por comprometido, para el fútbol contemporáneo: la Estación Espacial Internacional detectó vibraciones inexplicables en su casco, cuyo origen fue identificado unos días después: provenían de Ipurua. Según el Instituto Vasco de Aeronáutica, el ruido provocado por la celebración del gol del empate desconfiguró algunas de las planchas de titanio de un conocido museo bilbaíno; el segundo gol del Eibar hizo temblar el paseo marítimo de la Concha, en San Sebastián; y el tercero partió por la mitad varias rotondas vitorianas, causando un caos circulatorio sin precedentes.

Mucho se ha escrito sobre este partido, y las palabras nunca serán suficientes, ni las ciber-crónicas, ni las óperas. Quienes lo vivieron en directo, tanto en el campo como a través de los dispositivos de realidad virtual, o incluso de los viejísimos televisores 3D, siempre recordarán el décimo gol, antes de terminar la primera parte, con emoción: un jovencísimo ciborg eibarrés, de apenas diecisiete años (dos desde la configuración de sus implantes), regateó a seis jugadores y al portero antes de introducirse, con el balón en los pies, dentro de la portería rival; no pudo disparar debido a un fallo interno en el programa de chut. O el decimonoveno, cuando todo parecía estar decidido, ya en el descuento, con el que, en un lance del juego (legal, según la normativa), el portero del equipo contrario perdió el brazo derecho por la fuerza termodinámica producida por el impacto con la pelota.

Así terminó el encuentro: diecinueve a uno.

Y para ser justos faltaría recordar, tal vez, en este breve resumen de los partidos del Eibar durante estos años contra el mismo oponente, las palabras de la Pantalla Mendilibar en la zona mixta al encontrarse con la prensa, contento tras la victoria, pero tranquilo, como siempre fue en carne y hueso y lo es ahora en código cuántico, cuando le preguntaron por el resultado:

«Creo que el próximo año podemos llegar a veinte.»

«¿Solo?», preguntó el periodista.

«Y dejar la portería a cero, por supuesto.»

7-0 y otros relatos fantásticos



GOLA BOOKS

Colección

1-0

en el 90 de penalti

Suspense

2-0

y Navas de portero

Poesía

3-0

Charles hat trick

Narrativa extranjera

7-0

y otros relatos fantásticos

Ciencia ficción



